

Cuatro poemas

Claudina Domingo

Pan de muerto

el día suda sobre la mesa que hace un ruido de cama bajo cuerpos sudorosos
camión cansado puente viejo frotar de dientes

(la noche sigue sudando): sobre la mesa que se emplea a fondo en saborear las fuerzas mórbidas del viejo (joven campesino mesero vigoroso en las cantinas)

“enterró ya a la vieja que ocupaba la cocina y ahora se cierne sobre ella como sobre una mujer”

la mañana (y su morder de pies) lo sorprende dormitando en un sillón —los cuerpos de masa de pie sobre la mesa—

“el pan se nos parece: crece con el calor —en su mejor día es duro en su corteza y blando y aromático por dentro— y luego lo sorprendes tendido bajo una gruesa capa de hongos verdes”

la gata revienta su ronroneo contra el pecho que conoció el crepitar constante de la necesidad (los dedos gruesos le jalan las orejas con afecto —la mano maternal la alza del pellejo—) el viejo se desplaza (bamboleándose como una balsa prematura) y revisa que el horno amamante su estirpe de panes coloreados

“tu abuelo es el hijo perfecto: nació viejo”

otra noche larga (31 de octubre) en que espanta al macho que ronda a su gata y nutre con su desvelo (en el cabo de sus ochenta años) los demasiados panes que mañana estarán apilados como años: algunos duros (unos cuantos quemados) y otros pura azúcar

Autopsia

tanto hablar (hasta en el sueño) para callar aquí: donde más tendrías que defenderte tanto hablar sobre todas las cosas (el precio de los jitomates el origen árabe de la palabra almohada la velocidad con que se reproducen las chinches las nalgas de Sofía los hijos de Marcela los cuernos de tu tío el dolor de uñas cuando usas botas en invierno)

como si hubiera necesidad —o como si supieran que un día van a dejar de usar todas esas hermosas y ajetreadas palabras— por eso (seguro) a algunos les da por escribir —vivos (digo) que a algunos vivos les da por escribir intentando vencer esta mudez—

y luego llegan aquí y hasta esos se quedan callados: fríos y quietecitos (como si todos los platos que rompieron fueran a tomar forma otra vez ahora que están tiesos) y yo a veces me confundo (mi esposa dice que los muertos me pegan lo mudo)

“pero mira nada más: qué poca seriedad la de un viejo con un tatuaje de flores en la nalga” creo que una vez le dije a ella o a mi primo que a mí no me gusta el porno porque está vestido: mis muertos son los únicos desnudos (los verdaderos desnudos)

(no importa si es el dolor o el placer) la carne viva tiene un revestimiento: una funda de gestos que estos cuerpos ya perdieron: por eso también digo que somos como víboras que dejan la piel de la vida engañadas: seguras de que nuestro nuevo pellejo será diamantino:

y así vamos a dar desnudísimos a la plancha

“mira nomás: pelo injertado pero gris” los animales son más consecuentes: se parecen mucho sus cadáveres a lo que fueron (en cambio uno: es una cajita de Pándora con bomba de metano incluida)

yo siempre digo que para saber quién es uno realmente —cómo es uno en serio y sin pendejadas— tendría que verse muerto al espejo un día me tiré en el piso del baño (con una mano y los dedos torcidos bajo el muslo y un pie metido en el bote de basura derribado) —la boca bien abierta y los ojos subidos— respirando de a poquitos para aguantar muerto más tiempo y en eso entra mi mujer y pega un alarido tan horrible que me revive (una semana le estuve explicando y la muy mensa)

“pero vamos viendo: ¿para qué te quitaste el anillo antes de tirarte al río?” te digo que aquí es donde deberías alzarte y decir: “me robaron tal y tal güey y luego me empujaron al río” pero no: las mandíbulas abiertas como fosas o plegadas como puertas de hierro “yo no bajé al río porque quisiera: a punta de pistola me llevaron” (pero no) para eso tienes a tu servidor (midiéndote la vida en la báscula) apuntando si el hígado era una esponja o los pulmones unos ceniceros

(raro raro: nada de ataduras ni de golpes) yo creo que uno se angustia de más por esta cosa fría (dura o viscosa) tan clara: que si quiero que me sepultan mientras tocan la del *Triste* y mis hijas visten de violeta y el mariachi que cante no sea barítono que si las cenizas van debajo de las rosas que tu abuelita plantó hace cien años dime: ¿pensaste en las rosas de tu abuelita cuando respirabas hondo esa agua fría y mugrosa? ¿recordaste una sola estrofa del *Triste*? en fin: como siempre —tengo que ver el mismo gesto sin respuesta— (por eso digo) cuando hago chistes de forense en las cantinas (hacía: ando jurado) que envidia a los peluqueros: ellos a lo mucho encuentran piojos (y a veces) la clientela queda contenta con el trabajo

Phormia regina

un delicado orfebre (el que eligió esta pieza de obsidiana que abre su espectro del verde musgo al azul eléctrico) ¿y los cabuchones de cornalinas como ojos? (una decisión un poco vulgar) pero a cambio se esmeró el artista en la mecánica y el desplazamiento “¿quién podría cruzar el Aqueronte sin alas de mosca abriendo su camino?” y las perfectas patitas de ónix (fuertes y rápidas) demuestran la experiencia del maestro al armar piezas diminutas (no juzgues a este relojero si te molesta ese constante zumbido) no está averiado su reloj: tiene prisa

Cresas

Muscidae y Sarcophagidae están obsesionadas con la reproducción: hace tiempo que buscan regresar a las Pléyades donde todo (han oído) está hinchándose constantemente “Jauja se llama la estrella que no tiene huesos y escupe sin parar hijas moribundas” pero para volver se necesita una escalera que no tema dejar miles de millones de individuos en el trayecto por eso llegan rápidamente a las pepitas que brotan de la avara Tierra “ir de cuerpo en cuerpo desovando: qué madurez tan pesada y tan corta” el tiempo (lo saben estos pueblos visionarios) es un tejido que ha perdido la condición amenazante del movimiento (y sin embargo) las tribus se concentran en la velocidad: devorar es crecer “pero crecer es partir” (entre zumbidos se cuentan el secreto): “la vida ofrece un solo descanso: pupar” 